



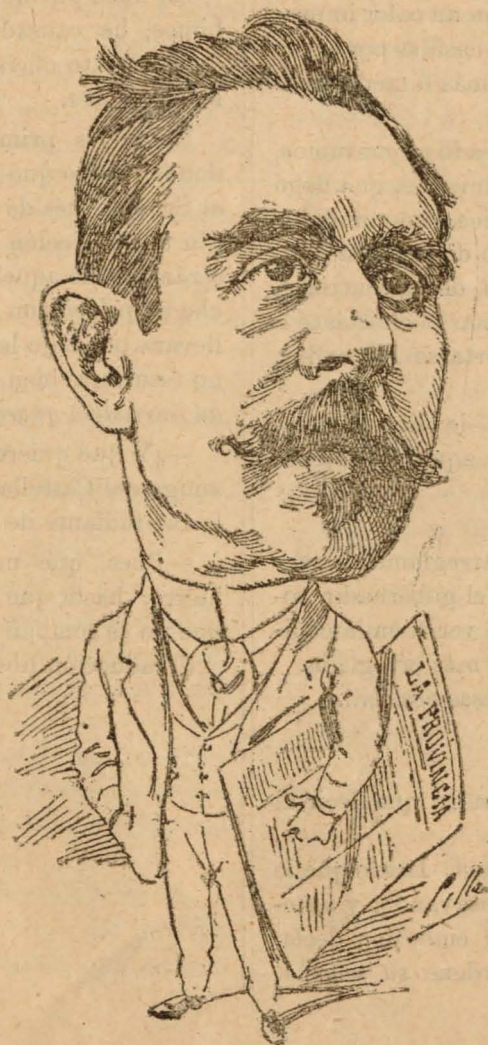
DIRECTOR
D. MANUEL RECUERO

ADMINISTRADOR
JOSÉ HURTADO DE MENDOZA

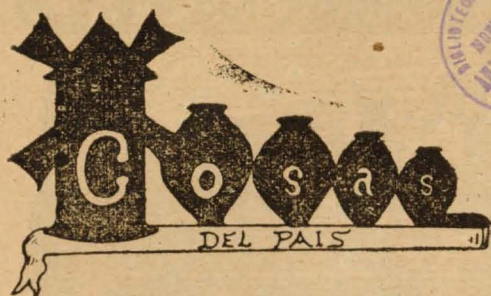
Número suelto 15 céntimos

LOS PERIODISTAS

Número atrasado 25 céntimos



JOSÉ RUIZ DE LEÓN Y GARCÍA



LO QUE SUCEDE

—Con estos fríos no está uno para nada.

Esta es la exclamación de la mayoría de los mortales así manchegos como ultra-pirenáicos.

La mayoría, entiéndase bien, porque hay dos seres, á quienes el frío no arredra, ni el viento norte detiene en la prosecución de sus arriesgadas empresas: el político y el gato. Para éstos no hay día ni noche, andan con un calor impropio de la estación fuera de sus casillas por causa del encasillado y de las gatas más ó menos sensibles.

Tienen Uds. un amigo empleado en consumos, ó en la Tabacalera ó en el municipio, que llegó á ocupar la plaza por su práctica como muñidor de elecciones, y van á visitarlo de nueve á diez, hora en que tienen seguridad de encontrarle, porque en ella acostumbra tomar el chocolate ó leer *La Correspondencia* ó cortarse los callos, pues... no le encuentran Uds.

—¿Buscaba Ud á Nemesio?—le dirá la señora, suponiendo que la tiene, á aquel de ustedes que haga la visita.

—Sí, señora.

—Pues no está. Anoche le arreglamos la maleta y fué á conferenciar con el gobernador sobre esto de las elecciones, y á ver si en la capital puede comprar la matanza más arreglada.

Como él se pinta sólo para esas cosas....

—¿Para comprar cerdos?

—Para las elecciones.

—¡Ah! Pues no sé que tendrá que decir al gobernador el amigo Nemesio.

—¡Anda, anda! Muchas cosas. Desde que le dieron el encargo ha estado ensayando, y anteanoche hablaba por bajo del embozo y decía:

—Nosotros haremos lo que ordene *su señoría*,

porque *su señoría* es el gobierno y el gobierno es lo primero para los hombres gubernamentales, de orden y de consumos.

Luego daba media vuelta y continuaba—¿Quién ha dicho que nosotros no somos *naide*? Nosotros contamos con las fuerzas vivas y muertas del pueblo *pi* servir á V. S., abra V. S. la boca y deje lo demás por mi cuenta. Vaya V. S. cuando quiera por el pueblo y allí verá V. S. lo que es administración y empedrado y respeto á las instituciones. No tarde V. S. en ir que tienen mucha gana los amigos de convidarle y de brindar por V. S. y por la compañía.

Así unos conferencian con el gobernador, otros con el ministro y otros con su suegra, sin temor al hielo, ni á los accidentes ferroviarios. Y eso que el encasillado ha venido á matar muchas ilusiones en flor y muchos viajes en proyecto.

En unos pueblos, según las noticias que recibimos, ha causado buen efecto la designación de candidato oficial, en otros se han dividido los pareceres.

Entre los primeros se cuenta el Castellar, donde parece que votarán como un sólo hombre al Sr. Marqués de Mudela, y además le regalarán una colección de pucheros y otros objetos cerámicos de aquella villa, encerrados en estuche de *peluch* con una almadena bordada, que llevará por bajo la siguiente inscripción por si no resultara bien en el dibujo: *Maleus ferreus ad durissima quaeque tundenda.*

—¿Y qué quiere decir eso?—preguntamos al amigo del Castellar que nos daba la noticia con la faz radiante de júbilo.

—Pues, que machaque como un mazo de hierro, hasta que nos hagan la carretera, para que no se rompan los pucheros.

(Traducción libertina.)

M. RECUERO.



RECUERDOS DE ULTRATUMBA

—¡Per vida mía—repetía por vigésima vez á mí extraño acompañante—que no doy un paso más, sin saber antes á donde vamos á parar por este maldonado subterráneo.

La respuesta que obtuve en esta nueva intontona, fué la misma que en las anteriores; un expresivo apretón de manos con el que me imponía silencio.

En vista de mis infructuosas pruebas, me decidí á resistir, pero ejercía tal influencia sobre mí la fantasmagórica visión que bastó una leve seña para obligarme á seguirla.

Por fin la estrecha y oscura galería terminaba en una encrucijada solitaria á la que afluyen tres calles más.

Hicimos alto durante breves momentos y entonces fué cuando por primera vez oí hablar á aquel ser extraordinario para mí. No fué pequeña mi sorpresa al escuchar las modulaciones de su voz. Yo esperaba oír una voz cavernosa, ronca y me encontré con que, por el contrario, era argentina, delgada y llena de un atractivo tal que después de escucharla sólo deseaba darle ocasión para hablar.

—¿Estas cansado?—me preguntó.

—En este momento, no—le dije—pero si seguimos empleando este primitivo sistema de locomoción, no tardaré en estarlo.

—Tranquilízate. Por ahora, no andamos más pero ten en cuenta que vamos al infierno y estamos en la mitad del camino.

Un sudor frío y copioso corrió por todo mi cuerpo.

Había dicho que íbamos al infierno.

Creyendo haber entendido mal le hice repetir las últimas palabras, pero se ratificó en ellas dejándome con tal motivo sumido en un mar de cavilaciones que no hacían sino torturar más y más mi imaginación.

Traté de recordar, ya que no otra cosa, al menos la enfermedad que me ocasionó la muerte; porque indudablemente había muerto é iba á expiar mis pecados en las calderas de Luzbel...

Nada, no había padecido ninguna dolencia.

Ya obsesionado con aquella idea, creí percibir un olor acre mezcla de pez y azufre que me confirmaba la noticia.

Mi acompañante conoció que tenía miedo y se apresuró á tranquilizarme diciéndome con una afabilidad extremada:

—Veo que te asustas pronto y sin motivo. No vamos á entrar en el antro que tanto miedo te inspira; vamos sencillamente á visitar estos lugares, sobre los que tanto se fantasea en el mundo de los vivos pero para eso no es preciso penetrar en ellos. Y sobre todo no te has de separar de mí.

Esto fué bastante para reanimarme. Sin saber por qué tenía confianza en él y á su lado me sentía con valor para todo.

—En este primer viaje no vamos a llegar al término; nos detendremos en el limbo.

—Y que vamos á hacer allí?

—Observar.

—Ya me figuro lo que habrá: millares de niños que con sus liantos formaran coros infernales.

—Eso es lo que se cree en la tierra, pero es un error. Lo único que falta son niños.

Ya me había olvidado del infierno y hasta me sentía orgulloso de conocer aquellos lugares *penitenciarios* de ultratumba.

—Preparáte que vamos á entrar—dijo cogiéndome fuertemente de la mano.

La emoción que sentí, fué indescriptible.

El corazón me latió con violencia, un estremecimiento nervioso agitó mi cuerpo, mis ojos se cerraron y tuve que apoyarme fuertemente en mi acompañante para no caer desfallecido.

Cuando me dí cuenta de que existía, quise hablar, pero al dirigir la mirada á mi alrededor, me hallé solo en un vastísimo salón, profusamente iluminado y adornado con ricos tapices.

Poco á poco fueron entrando elegantes señoras del brazo de apuestos caballeros, con trajes de rigurosa etiqueta.

Después los acordes de orquesta que preludió el rigodón pusieron en movimiento á los aficionados al baile dando principio una fiesta de la que todos salieron hartos.

Después... la oscuridad... Mas tarde... nada y por último... el reloj despertador que me anunciaba la hora de levantarme.

SANTIAGO OROA.

Madrid, 20 Enero, 98.



EL PUEBLO DEL PORVENIR

Yo quiero un pueblo que alegre
con gracias y perspicacias,
que lo que derroche en gracia
su trabajo lo reintegre.

Yo quiero un pueblo que cante
y que alegre sus talleres;
yendo allí con sus mujeres
y sus hijos por delante.

Quiero un pueblo noble y bravo
que trabaje por que debe;
no que en el trabajo lleve
el yugo vil del esclavo.

Quiero un pueblo que enamore
cantando, más que se instruya;
que fabrique, que construya,
que maniobre y que labore.

Quiero un pueblo con ciudades
donde tengan por recreos
Institutos y Museos,
Sociedad y Sociedades.

Pueblo, en fin, con las ventajas
de las prácticas modernas;
con más granjas que tabernas,
con más virtudes que alhajas;

Sin viles pasiones bajas;
sin resabios ni secuelas;
con más libros que barajas,
más aperos que vihuelas;
con muchísimas escuelas
y paguisimas navajas.

JOSÉ ZORRILLA.



A UNA MUJER

¿TÚ MONJA?

No lo digas por favor,
si es que no me quieres ver
traspasado de dolor.

¿Tú monja! No puede ser:
¡Si para eso hay que tener,
cielo mio, más valor!.....

¿Tú encerrarte en un convento?.....
Eso será un desyario
exento de fundamento.

¡Ansiar la celda, Dios mío!
Vaya, lo afirmo, eso es cuento.
¡Si se siente allí más frío!.....

¿Pero qué pena secreta,
que punzante desconuelo
te tiene así tan inquieta,
te infunde tan loco anhelo?
Tú, chica, cortarte el pelo?.....

(!)

¡Bah! Cuando yo la coleta.

Tú no puedes desear
Eso fué «hablar por hablar,»
y como se habló..... pasó.
Tú no puedes profesar
viviendo en el mundo yo.

Pero en fin, si *al fin* te empeñas
en enclaustrar tu hermosura;
si tal la vida desdeñas;
si, engañada, en tu amargura,
anhelando horas risueñas
decides por la clausura,

Sé conmigo bienhechora
y haz porque la superiora
nte quiera para monjero.
Último favor que espero.
Házlo por quien te lo implora,
porque sinó yo..... *me muero*.

Y tú no querrás tener
esa muerte que pagar,
en caso de suceder
llegases á profesar.....
que..... vaya, no puede ser.
Porque..... Más vale callar.

J. LIGERO.

Linares.



HISTORIA DE UNA NIÑA

I.

Mi querido amigo: En el mes que ha trascurrido desde el día en que por última vez nos vimos, me ha pasado todo lo que puede pasar á un hombre; estoy enamorado y me caso; creo que con esto está dicho todo.

Échate á pensar el per qué me sacrifico á la tierna coyunda, por qué me he decidido á ser esposo para ser padre después.

Tuyo,

SERGIO.

Este lacónico billete leí un día al sentarme en el sillón del escritorio; la primera frase que asomó á mis labios fué una exclamación de sorpresa y la

primera idea que nació en mi mente fué la duda.

Que se casase mi amigo me parecía tan absurdo como pedir peras al olmo ó convertir de repente un perro chico en una moneda de cinco duros.

¿Qué milagro era aquel? ¿qué arte ó que misterio metamorfoseaba al calavera? me vestí apresuradamente y guardando cuidadosamente en el bolsillo la carta de Sergio partí como una centella al café en que solíamos reunirnos algunos amigos.

Llegué, y al leerles la carta de Sergio todos lanzaron un grito de admiración:

- ¡Es imposible!
- ¡Parece mentira!
- ¡Es una burla!
- ¡No lo puedo creer!

Estas y otras exclamaciones fueron las respuestas que obtuve.

Nadie quería creerlo y yo sin embargo, dudando también, pensaba allá para mis adentros que quizá Sergio sería más feliz que nosotros construyendo el santuario de su hogar para rendir culto al amor entre las odoríferas espirales del incienso de la felicidad y entre los vagos murmullos del cariño y el volaz leve de ilusiones y esperanzas.

Los días pasaron; los amigos del café se burlaban de Sergio diciendo que ya era tiempo de que los convidase al nupcial banquete.

Nada dije ni en pró ni en contra; Sergio callaba y aquel silencio era para mí lo que la calma precursora de la tempestad, lo enigmático de un problema misterioso ó lo negro y fatídico de la nave de un templo que desvanece lentamente entre las sombras los góticos perfiles de su arquitectura.

II.

No hace mucho tiempo se estrenó en París una pieza titulada «La Diva» que traducida luego al castellano hizo los deleites del público madrileño.

Tanto me ponderaron el mérito de la música de dicha pieza que una noche fui á verla.

Apenas se levantó el telón me llamó extraordinariamente la atención una joven de diez y siete á diez y nueve años que confundida entre sus coristas parecía querer ocultarse á las miradas del público al par que su frente se inclinaba sobre su pecho y en sus ojos brillaba de vez en cuando una lágrima sofocada por una afectada sonrisa y una falsa alegría de que pretendía revestirse.

Sus facciones no me eran desconocidas, yo la había visto no sé en donde, quizá el sueño forjó su imagen entre sus sombras ó quizá aquel perfil pasó huyendo en medio del delirio ó de la fiebre, pero lo cierto fué que durante toda la representación no aparté de ella un instante mi vista.

Aquella frente blanca inclinándose hacia el suelo se me figuraba una azucena tronchada por el vendaval y aquellos ojos medio cerrados me pa-

recían azulados cálices dormidos y casi marchitos entre los brillantes girones del rocío.

La pieza terminó y me levanté de la butaca encaminándome aceleradamente hacia el escenario, quería verla de cerca, quería arrancar la espina clavada en aquel corazón ó adivinar aquel misterio que flotaba en torno de la interesante niña.

La ví recostada en un bastidor y me detuve; parecía un angel llorando sobre una tumba... me acerqué; la casualidad hizo que el pañuelo de la niña cayese á mis piés... lo recojí y con el motivo de entregárselo trabé con ella esta conversacion:

- Recuerdo, niña, haberla visto á Ud. en otra parte.
- ¡Oh caballero!... creo que se equivoca Ud.
- ¿Por qué?
- Porque hace muy poco que llegué á la corte.
- ¿Viene Ud. de muy lejos?
- De Oviedo.
- ¿Piensa Ud. permanecer mucho tiempo en Madrid?

- Lo que dure la contrata.
- Perdona Ud. que la diga...
- ¿Qué?
- Que este sitio no es el que la corresponde.

La niña bajó los ojos... deshojó maquinalmente una camelia que llevaba prendida en el pecho y se alejó de mí después de arrojar al suelo los desgarrados pétalos de la flor.

Aquella mujer había despertado en mí una curiosidad extraordinaria y la seguí... volvimos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida conversacion y andando al azar nos vimos de pronto en su cuarto de vestir, cuchitril de unos seis piés cuadrados y de techo tan bajo que se me figuraba estar bajo la bóveda de un nicho.

MANUEL LORENZO D'AYOT.

(Se continuará.)



FILOSOFÍA

En opinión de santo está don Bruno,
que castiga su carne pecadora
por medio del cilicio y el ayuno,
y, arrepentido de sus culpas, llora.

¡Valiente santidad! Porque primero
delinque hasta cansarse, y en seguida,
de su propia flaqueza juez severo,
se azota sin piedad y sin medida.
Y entre la penitencia y el pecado

se queda ¡claro está! desmejorado.

¿No sería mejor que no pecara,
venciendo la pasión en campo abierto,
que echárselas de mártir, con la cara
de asceta consumido en el desierto?

Cargado de estampitas y rosarios,
medallas de latón y escapularios,
convertido en acémila piadosa,
se la pega á su esposa
y el tiempo que no reza se lo pasa,
como cualquier cadete calavera,
persiguiendo á la pobre cocinera
por todos los rincones de la casa.

Y si el pobre señor se pone ciego
y exaltado á la vista de una falda,
la moral ¿qué adelanta con que luego
se pegue correazos en la espalda?

¡Mucho más oportuno
para salvar el alma de don Bruno
sería prescindir de los abrazos
aunque no se pegara correazos!

SINERIO DELGADO.



EL MERCADO

PRECIOS CORRIENTES

Aceite.	10	ptas. arroba.
Alcohol, según clase y grados	15 á 20	» »
Azafrán.	25 á 26	» libra.
Aguardiente, según grados		
y anisado.	9 á 15	» arroba.
Cerdos.	13,50	» »
Cebada.	6	» fanega.
Candeal.	13,50	» »
Centeno.	8,50	» »
Patatas.	0,70	» »
Vino tinto del 91.	3,50	» arroba.
» » » 92.	2,75	» »
» blanco.	2 á 2,50	» »
» de embarque.	4,50	» »
Vinagre.	2,75	» »



LA CARICATURA

Ese que veís de frente despejada,
De nariz recia y áspero bigote,
Dirige *La Provincia* en la llamada
El País del Quijote.

Periodista sagáz y distinguido,
Liberal de los piés hasta el cogote,
Llámase Ruíz de León; y no le sabido
Si á veces usa mote.



Había en un pueblo un
pregonero y pregonaba
há tiempo, aunque no lo hacía
con voz expedita y clara;
por esto pensó el Alcalde
colocar otro en la plaza,
y sin quitar el antiguo
otro pagó que llenaba
las exigencias de todos
por su voz y por *su estampa*.
Mas, cuando estaba dispuesto
surge allí una duda rara:
¿Ha de pregonar el nuevo
donde el viejo pregonaba?
¿Mejor que desde el balcón
se oirá desde una ventana?
¿O conviene que hable el nuevo
desde una torre muy alta?
Y un concejal dice, torre,
y otro concejal ventana,
y otro, en el mismo balcón,
y al fin no se acuerda nada.
Es decir, sí, que se quede
el pregonero en la casa
comiendo del municipio,
y el de voz acatarrada
siga haciendo como antes



sus discursos en la plaza.
Así pasó un año, y dos,
y pasaron diez y nada!
sin que el nuevo se pusiera
al balcón, ni á la ventana.
Hasta que el viejo, más viejo
como es natural, ni hablaba
á tiempo, ni si lo hacía
era lo que le mandaban.
En un sorteo de quintos
se vió patente la falta.
Le dictaban.—Veinticinco
y el decía.—Cinco. Vaya
por cuando al decirle.—Dos,
—Cuarenta y dos—voceaba.
Y en tanto el nuevo encerrado
en un rincón de la casa,
sin ponerlo en el balcón
ni ponerle en la ventana.

Este es un cuento que tiene
su moraleja encerrada:
aquí hay un reloj [que no
dá las horas que señala
y en cambio tenemos otro,
nuevecito, que no marcha
y hace lo menos diez años
que se pagó. Cuenta clara
es que dando al diez por ciento
la cantidad que costara (1)
hoy se compraba más nuevo
y aquella quedaba en casa.
Luego dicen por ahí:
—¡Que administración, caramba!



Se encuentran enfermo en Madrid con el padecimiento reinante, nuestros colaboradores Sres. Navarrete y Oria; no publicando por esta causa en este número la Carta de Madrid.

Deseamos vivamente el restablecimiento de nuestros compañeros.

Ha fallecido en la corte la señora doña Blanca Canalejas y Morayta, sobrina de nuestro respetable amigo y colaborador el profesor de la Central D. Miguel Morayta.

(1) Solo con objeto de valuar los perjuicios indicamos esa operación.

Nos asociamos de todas veras á su justo dolor.

Ha sido nombrado secretario particular del ministro de Ultramar el colaborador de esta revista y notable literato D. Juan Pérez Zúñiga.

Nos alegramos y que sea enhorabuena.

Ha contraído matrimonio en Enguera (Valencia) con la simpática señorita doña Modesta Cabezas, hija del conocido comerciante D. Miguel Angel, nuestro estimado amigo y suscriptor D. Ricardo Aparicio.

Muchas felicidades, en larga luna de miel.

Se encuentra enfermo de bastante cuidado el eminente poeta Zorrilla, á quien debemos el honor de haberse dignado figurar en la lista de nuestros colaboradores.

Hacemos fervientes votos por el pronto restablecimiento del laureado vate.

Después de algunos días en que parecía haber cesado casi por completó la exportación de nuestros caldos á Francia, ha vuelto á iniciarse en gran escala dicho tráfico, hasta el punto de que hay necesidad de hacer, además de los trenes mercancías regulares, uno especial de Alsásua á Irún y dos de la estación de San Sebastián á la de Pasajes.



BUZÓN DE ALCANCE.

Un redactor de "Las...."—Interior.—No está mal versificada, pero sueños de esos tengo yo tres cada noche y no los publico.

Cabecilla.—En verdad que debe Ud. tenerla chica ¡¡cuando no ha podido alojar en ella la Ortografía. Y de lo demás no hablemos.

Un manchego.—Manzanares.

El sol salía por Oriente cuando

Corríamos juntitos la pradera.

Y cuando *no corrían* ustedes la pradera ¿por dónde salía?

Un tercero en discordia.—Esas son cosas de ellos y no podemos meternos á desfacér agravios.

R. T.—Cuando Ud. quiera.

M. M.—Madrid.—Recibida su carta.

A. L. de O.—Almería.—Mande Ud. lo que guste.

Tip. de José Hurtado de Mendoza



¿Teneis

SABAÑONES? Usar la Pomada circasiana y vereis sus buenos resultados.

(C.-Real) VALDEPEÑAS: Farmacia de Lasala, Empedrada, 1.

Un real la caja.

¡GUERRA AL FRIO!

Rajas de encina superior á 30 y 35 céntimos la arroba.

Calle Dormidas, núm. 1.

LIBROS

Se desea adquirir el Diccionario de Administración de Alcubilla, 4.^a edición, con todos los Apéndices.

Dirigirse á la Redacción de este periódico.

ESTUFAS BARATAS

NOTA DE PRECIOS

ESTUFA núm. 4 á 42 Reales UNA

Id. id. 5 á 50 id. id.

Id. id. 6 á 55 id. id.

Id. id. 8 á 70 id. id.

TUBERÍA con reborde 6 Reales METRO

Id. corta fuego 8 id. id.

CODOS rizados 4 id. UNO

VICENTE CORNEJO é HIJOS

(19, BUENSUCESO, 19)

VALDEPEÑAS

CABEZAS HERMANOS

Petróleo, Curtidos, Droguería, Perfumería, Mungas de trasego y filtros.

2, REAL, 2